

Los curas de nuestra infancia

LEYENDO las informaciones de la concentración de los curas de la Hermandad Sacerdotal en Cuenca, he recordado los días de mi ya lejana, católica infancia. Pensé por un momento ir a Cuenca, ante el anuncio de la ensotada reunión, pero desistí de la idea. Me agobiaba pensar que iba a encontrarme metido de pronto, de una forma brusca, en el paisaje eclesial que me fue familiar en los primeros años de mi vida. "No voy", me dije, sin que mi curiosidad, ni tampoco las exigencias de mi oficio de cronista, me hicieran cambiar de idea. Conozco tan bien ese mundo, que si fuera necesario podría escribir mi crónica de la clerical concentración sin necesidad de ir a Cuenca, sólo con detenerme a ordenar las imágenes que salen, ahora mismo, de los largos pasillos de la memoria. Me sé al dedillo los gestos, las palabras, la impostación de la voz, las eses silbantes del plural, el movimiento de las manos, las manos blancas que llenaban la penumbra de la capilla. Y también aquellas voces de indignación, de santa ira; aquel discurso trepidante, retumbante, que iba en crescendo martilleando herejes, resolviendo dudas a gritos, pulverizando argumentos contrarios. O bien la elemental, agraria campeonía de los curas de pueblo, iracundos unas veces, acogedores otras, bromistas a menudo, con bromas simplicísimas. Y luego el rumor de los confesionarios, el olor de los cirios y del incienso en la misa obligatoria de los jueves, en el colegio; el mareo del compañero ayuno que se pone inmensamente pálido...

Lo sé todo, y por eso no he ido a Cuenca. Hay, además, otra razón. No identifico a Cuenca con esta imagen. He sabido que un grupo de curas de la diócesis ha redactado un comunicado en el sentido de que lo que se ha dicho en estos días en Cuenca no expresa el sentir de muchos sacerdotes y feligreses de la ciudad y de su provincia. Es muy de agradecer la puntualización, porque para mí, Cuenca es una cosa muy distinta de la conmemoración de este pasado. Para mí, Cuenca es la prodigiosa arquitectura popular, las íntimas callejas y plazuelas, el paseo de la hoz del Júcar bajo la ciudad encastillada, contemplar, a la caída de la tarde, las Casas Colgadas desde la pasarela que cruza el Huécar; el Museo de Arte Abstracto, mis amigos pintores, ceramistas y poetas. Y en la provincia, la maravilla herreriana de Uclés, los bosques de Uña y Tragacete, la primitiva cerámica de Priego o la grandiosidad del castillo de Belmonte, ya asomado a la Mancha. O bien la charla con los amigos en las tabernas de la ciudad, la trucha escabechada y el mor-

teruelo. Todas aquellas cosas que me confirman en el gusto que tengo de vivir. No, Cuenca no es lo que los periódicos dicen en estos días. No es, al menos solamente, necesariamente, lo que los periódicos nos han contado. No debe hablarse de "el espíritu de Cuenca", sino del espíritu de un pasado ya muerto que aflora por un momento a la superficie y amenaza instalarse en el presente.

Era una época, aquella de mi infancia y de mi adolescencia, en que España estaba llena de réprobos, de malvados que era preciso erradicar a fin de que no pudieran manchar con su proximidad a las almas buenas que todavía quedaban. En resumidas cuentas, ¿no éramos también malos nosotros mismos, no ofendíamos al cielo a cada instante con nuestros actos, con nuestras omisiones? Yo mismo me oí decir, tantas



veces, niño de nueve años, muchacho de catorce, lo muy perversos que eran mis sentimientos, mis inclinaciones. Pero la justicia de Dios no fallaba y yo podía morir aquella misma noche y condenarme para siempre. ¿Acaso no les había ocurrido a otros niños? Olvidadizos y poco vigilantes ante el acoso del enemigo, habían caído en el pecado, y aquella misma noche, su corazón se había parado de repente de forma inexplicable, como fulminado por un rayo justiciero, y habían ido de cabeza al infierno. Siempre quedaba la posibilidad de un acto de suprema contrición en el último instante, pero, en principio, se tenía la seguridad de que aquellos niños, tan justamente muertos, se habían condenado por los siglos de los siglos.

¿Cuán edificantes resultaban aquellas historias! Considerábamos ejemplar el divino castigo por el pecado de vivir, y pensábamos que en cada momento podía sucedernos lo mismo a nosotros. Muchos españoles de mi edad, incluso más jóvenes, recordarán la angustia de muerte que a uno le asaltaba de noche después de haber asistido a la plática

del retiro espiritual o de los ejercicios espirituales, o como quiera que se llamaran las variedades de la liturgia penitente y disciplinante que se impuso a los españoles. Había que salvar al país de sus irreconciliables enemigos, y todos los esfuerzos eran pocos. Había que limpiar España de ateos, de liberaloides, de pecadores que, en su soberbia, se negaban al arrepentimiento. Obligaban a los niños, si era preciso por la fuerza, a ponerse de rodillas para impetrar el perdón. Había un clima de desconfianza, de recelo, de "caza de brujas", como aprendimos a decir más tarde. Era la época de las "malas compañías", en que las manzanas podridas corrompían a las que estaban todavía sanas y en que los "amigotes" podían contaminar nuestra alma pura y perderla para siempre.

Aquella época pasó. Después de aquella generación de sacerdotes anatematizantes, que hicieron la política religiosa, la situación fue cambiando. No voy a contar aquí el proceso de transformación de la Iglesia y de "distensión religiosa" que hemos vivido en estos años. Exigiría un detenido estudio que no me siento en situación de hacer. Mencionaré solamente lo mucho que los españoles, católicos o no, han agradecido, aun sin reconocerlo, el alivio que esta distensión ha traído consigo. Pero, habiendo sido educados los españoles en aquella teología del bien y del mal, no produce extrañeza comprobar que haya todavía mucha gente entre nosotros que se sienta inclinada a interpretar, no sólo la religión, sino también las demás vertientes de la vida, con aquellos criterios. Y así, sientan la necesidad de buscar al "malo" detrás de los acontecimientos que turben su vida, y estén dispuestos a creerse las historias que a veces se inventan para explicarlos.

Ahí está la Asamblea de Cuenca para restablecer la "caza de brujas", exigir a los cargos eclesialísticos el "juramento antimodernista" y llamar a los nuevos curas "paracaidistas del demonio". El salto atrás es formidable, y uno percibe relaciones lógicas entre las cosas que está viendo. Esto es para mí muy importante, porque es mi historia personal. Pido perdón al lector por haberla contado, y quiero añadir que no creo que ésta sea la justicia, que éste sea el futuro. Me acuerdo ahora del soneto de Bartolomé Leonardo de Argensola, uno de los más hermosos de la lengua castellana, que empieza:

Dime, Padre común, pues eres justo por qué ha de permitir tu Providencia que arrastrando prisiones la inocencia suba la fraude a tribunal augusto...

Tal vez ahora quede clara la razón por la cual he preferido no ir ahora a Cuenca. ■
LUIS CARANDELL.